

## ECHAR EL ALMA A LOS PERROS

Dios reinaba en la eternidad. Siempre estaba pariendo vastos universos. En el centro del nuestro, desde un tiempo siempre presente, el sumo hacedor se manifestó en un potente haz de energía luminosa. La veta de energía se expandió por nuestro enorme mundo. Dicha fuerza dio lugar a la materia y la materia danzó por el universo agrupándose en corrillos de una sala de baile. Esos corrillos formaron los astros del cielo: las estrellas que, con sus guiños, titilaban a sus aduladores, los planetas, que admiraban profundamente a las estrellas. Nuestro planeta azul, la tierra, le rendía pleitesía a la gran estrella solar y danzaba y danzaba, dando vueltas sobre sí misma a la vez que rodeaba en su alegre baile al sol. En un determinado momento, la tierra sufrió una gran herida y parte de ella se desmembró formando la luna. Fue entonces cuando se discernió plenamente el día de la noche. El día, con su luminoso y límpido sol, y la noche, con su oscura y enigmática luna. Eso fue en el primer día.

En el segundo, una masa de materia venida desde muy lejos impactó en nuestro planeta. La masa estaba formada en parte por un extraño líquido que, con el paso del tiempo, sería la madre nutricia de la vida humana. Parte de la tierra se cubrió por este líquido llamado agua.

En el tercer día se agrupó el líquido amniótico de la tierra, formando los mares y dejando parte de ésta seca, creando así un gran continente, el padre de los cinco futuros continentes. Había ya, pues, el mar y la tierra. Del mar surgió la vida tal como la entendemos. Sobre la ávida tierra, un manto verde nació del agua y dio lugar a las plantas y a los árboles que, con sus semillas y frutos, colonizaron la tierra.

En el día cuarto, Dios bautizó la noche, teniendo por sacerdotisa a la luna y el día, teniendo por sacerdote al sol. Del agua surgieron microorganismos, seres vivos llenos de sencillez, que evolucionarían en grandes animales

marinos. A continuación, de esos animales marinos, surgieron las sierpes y las aves. También, con el paso del tiempo, dichas especies originaron enormes seres vivos que dominarían la tierra durante cientos de años. Éstos acabarían arrasados por una explosión que enrarecería el aire que respiraban hasta impedir que la luz del sol penetrase. La tierra acabó siendo un escenario inerte. Un silencio, el silencio de la muerte, la envolvió. Pero, pasado el tiempo, el aire volvió a ser puro y la vida volvió a evolucionar. Era el quinto día.

Y llegó el sexto día, cuando de un gran monstruo marino, varado en la playa, surgió un gran mono imitador: el hombre. El gran mono primero andaba a cuatro patas y trepaba por los árboles. Con el paso del tiempo, Dios, como un sabio alfarero, fue modelando al gran mono. Su posición respecto al suelo se fue irguiendo. Durante todos esos miles de años, los grandes monos vivían en el paraíso, puesto que no conocían el mal. Sus cuerpos subían asuntos al cielo. Pero en un determinado momento, Dios exhaló su espíritu sobre el gran mono y fue cuando éste tuvo conciencia de sí, de la eternidad y del bien y del mal. Fue conocer el mal y ser, acto seguido, expulsado del paraíso. Desde ese instante fatídico, en el que el mono imitador comió la manzana del Edén, su cuerpo conoció la muerte y la podredumbre. El primer mal que sufrió y el más espantoso de todos fue la soberbia, que tanto lo alejaría de Dios a lo largo de la historia. Tras cientos de años, el gran mono, ya del todo erguido, evolucionó hasta convertirse en la especie más sublime de la tierra. Fue entonces cuando la especie humana parió a una Venus, una maravillosa Venus surgida del océano que posó sus pies justo en el centro del jardín del palacio del rey más poderoso de la tierra. La Venus era de una piel blanca como la leche y fría como el mármol. Sobre su cabeza portaba una corona de espinas y su pelo era largo y rizado hasta resultar un tanto enmarañado, como las zarzas

del jardín. La aparición de la Venus en el jardín fue en la primavera de cierto año del medievo. La vegetación en él se mostraba en todo el esplendor de su belleza. En esa zona, el joven jardinero de palacio, antes de la aparición de la Venus, había plantado rosas de los más variados colores. Las rosaledas, que habían sido hasta entonces las protagonistas del jardín, competían ahora en belleza con la mujer de la corona de espinas. Con la llegada de la primavera, aparecieron también las viajeras golondrinas. Venían del África y buscaban lugares donde hacer sus nidos de amor. Fue una golondrina, la primera en llegar y más aventurera, la que se fijó en la Venus de la corona de espinas. Se posó sobre un árbol más cercano a ésta y entabló un diálogo con ella. La golondrina cantaba y la Venus le contestaba también con hermosos cánticos. La golondrina le preguntó a la Venus, a través de su canto, si estaría dispuesta a albergar un nido construido entre su pelo enmarañado y ésta le contestó que sí, que no tenía ningún inconveniente en dar cobijo al ave y a su futura familia. Fue así como la golondrina, durante los primeros días de la primavera, se esmeró e hizo su nido de amor entre los largos cabellos de la Venus.

La mujer nunca había sido tan feliz. Además de entablar largos diálogos con los pájaros de jardín, platicaba largas y profundas conversaciones con su ángel custodio, que tenía la apariencia de un joven rubio y de ojos vidriosos, que no eran de este mundo, y que era con grandes alas de cisne, que se posaban en una fuerte rama de uno de los árboles del jardín. El ángel custodio siempre tenía la actitud de un pensador, excepto cuando dormía, y posaba su cabeza sobre su mano derecha, que sustentaba su mentón en un gesto de ejercitar profundamente su pensamiento. Cierta día, la Venus le comunicó al ángel custodio un interrogante que tenía desde hacía ya tiempo. La pregunta en cuestión era la de por qué llevaba ella una corona de espinas, por qué Dios, que le daba tanta felicidad, le había coronado su

testa con la sequedad de unas espinas. El ángel custodio le dijo, con cierto pesar, que no todo sería felicidad en su vida, que vendrían noches oscuras, que se sucederían como las cuentas de un sangriento rosario y que la harían más bella a los ojos de Dios. La Venus, quedó contrariada y no supo muy bien qué contestar, pues desconocía el significado de las palabras “noches oscuras”, pero tampoco se atrevió a preguntar más.

Los días se sucedían y la Venus era feliz en su bello jardín, rodeada de fragantes rosas y alegres pájaros. De entre los pájaros, hablaba en especial con una paloma torcaz. La paloma admiraba profundamente la belleza de la Venus y esa capacidad suya para hacer más feliz a los que la rodeaban. La Venus, por su parte, tenía en mucha consideración la sincera y generosa amistad que la paloma torcaz le había brindado.

Era una tarde de primavera, en donde el sol reinaba con toda su luz, cuando de repente éste giró tres veces sobre sí mismo en el cielo y se ocultó. El jardín quedó entonces sumido en la más profunda oscuridad. La Venus, ante estas repentinas tinieblas, sintió por primera vez un terror que se apoderó de su cuerpo haciéndola temblar. Desesperada, intentó hablar con su ángel custodio, pero éste dormía. Nada se oía en el jardín. Los pájaros callaban y entre ellos la paloma torcaz. La Venus oyó un serpear por la tierra, muy cercano a donde estaba. Era la serpiente del paraíso que sigilosamente se acercaba a la bella mujer. La serpiente de cascabel hizo sonar su cola, irguiéndola ante la Venus, y dijo estas palabras: ¿quién eres tú para considerarte una bella mujer, un sublime ser humano? ¿acaso no sabes que descienes de una estirpe de enanos deformes y que de esta estirpe nada bueno puede surgir? La Venus, ante estas palabras, lloró por primera vez lágrimas de sangre. Una aridez invadió su corazón en el que la desesperanza campaba a sus anchas. Entonces recordó a su abuelo, que medía casi dos metros. La serpiente, al verla desvalida, le pidió que le diese

de beber leche de sus senos, pues de los pechos de la Venus manaba una rica y dulce leche que los pájaros del jardín bebían durante su vivir idílico. La Venus rechazó la petición y la serpiente, con su voz de arpía de género indistinto; no se sabía si era de hombre o de mujer, voz que retrataba toda su maldad y perversidad, le dijo que no la sometería más a este suplicio si la Venus consentía en su petición. La Venus entonces le dijo: ¡apártate de mí satanás! Y la serpiente huyó apesadumbrada. Fue huir la serpiente y el sol volver a reinar con todas sus luces en el firmamento. Los pájaros del jardín, que habían interrumpido su canto, lo reanudaron de nuevo y el ángel custodio despertó de su letargo. La Venus comprendió las anunciadas noches oscuras del ángel y sintió en su corazón un deseo hasta entonces no experimentado de poner por escrito sus pensamientos y sentimientos en un pergamino. Era un día de mucho calor, cuando el joven jardinero de palacio llegó al centro del jardín. Cuál sería su sorpresa cuando descubrió la figura de la Venus en medio de las rosaledas. El muchacho jamás había visto una mujer tan bella, cuya desnudez invitaba a ser puro como los ángeles del cielo. Tímidamente se aproximó hacia ella. La Venus, con gran curiosidad, observó como el joven se acercaba a ella. El jardinero entabló un pequeño diálogo con la mujer. Le preguntó cuál era su nombre y de dónde venía. La Venus le dijo que procedía del mar y que su nombre era el de la primera mujer del paraíso. El jardinero oyó la voz de mujer más bonita que jamás había escuchado. Fue su voz y su compostura de gran elegancia y dignidad lo que lo enamoró durante este primer encuentro entre ambos. El jardinero le dijo que podría contar con él para cubrir cualquier necesidad que tuviese y la Venus le dio las gracias, añadiendo que ella también le podía ofrecer su ayuda, cuidando de los pájaros y las rosas del jardín. El joven, alegre por su sorpresivo hallazgo, le dijo que la iría a visitar cada día y ella, contenta ante la animosidad del joven, le agradeció el gesto. Avanzaba la primavera anunciando ya el verano y la Venus era feliz como jamás lo había sido.

Pero había algo que la inquietaba y quiso preguntárselo al ángel: su desasosiego era causado por el anuncio del ángel de la existencia en su vida de las noches oscuras. La Venus preguntó a su ángel custodio si tendría que padecer más noches como la que ya había acaecido días atrás y el ángel le dijo que sí, que sus noches oscuras durarían toda su vida y la Venus, apesadumbrada, le preguntó por qué Dios permitía esto a lo que el ángel no supo qué contestar.

Era una tarde de la ya casi acabada primavera. De repente el sol volvió a girar sobre sí mismo otras tres veces y a desaparecer del firmamento. La noche entró en el jardín como un ladrón en una casa y los pájaros cesaron sus cantos. La Venus comenzó a temblar, ya que esperaba el tan temido encuentro con la serpiente. El mal reptó hasta el centro del jardín y le ordenó a la Venus: “dame de beber de tus pechos y tus pesares y angustias cesaran. La Venus no hizo caso al mandato y el mal le imprecó: ¿por qué tú no me das leche de beber de tus senos? ¿Acaso te crees un ser con dignidad cuando fuiste educada en una pocilga de cerdos? A la Venus esta afirmación le causó una gran herida: La aridez que soportaba se hizo más grande que en la primera de sus noches oscuras y una gran desesperación invadió su corazón. Fue entonces cuando recordó a sus queridos padres y a sus compañeros de juegos de la infancia. La Venus lloró lágrimas de sangre y la serpiente, contenta por el pesar que había conseguido en ella, se fue del jardín. Fue entonces cuando el sol volvió, obediente al mandato de Dios, a reinar sobre el firmamento y los pájaros de nuevo exhibieron su alegría de costumbre. Todavía no había anochecido cuando el jardinero llegó al lugar donde habitaba la Venus. Ésta recordó el ofrecimiento de los servicios que había hecho el joven para con ella y le pidió si podía hacerse con una pluma y un pergamino. El jardinero le dijo, asombrado, pues no era propio de una mujer el cultivo de las letras, que le daría la pluma y el pergamino al

día siguiente. Y así lo hizo. Al día siguiente el joven jardinero le llevó una pluma y un pergamino para que la Venus pudiera escribir. Pero, ¿qué escribiría? Eso era algo que le intrigaba al muchacho. Fue ese mismo día cuando la Venus comenzó a poner sus impresiones por escrito. Empezó componiendo versos; unos eran de amor hechos a un misterioso joven, otros eran sobre sus noches oscuras y el resto sobre sus grandes momentos de felicidad. Entonces el joven jardinero no pudo evitar la tentación de pedirle que le dejase leer sus escritos, a lo que la Venus dio su consentimiento. El muchacho descubrió con enorme gozo los trabajos de la Venus y, a espaldas de ella, los dio a leer a los habitantes de la ciudad para que compartiesen su alegría. Así fue como la Venus de la corona de espinas consiguió ser reconocida por los demás como una gran creadora.

Llegó el verano y con él, el calor. Los pájaros se cobijaban bajo los árboles buscando los más frondosos. La Venus con corona de espinas unas veces escribía, otras, con su canto, entablaba un ameno coloquio con los pájaros del jardín, en especial con la paloma torcaz, y otras hablaba con su ángel custodio.

Cierta vez, cuando estaba hablando con su ángel de la guarda, el sol volvió a desaparecer bruscamente girando antes tres veces sobre sí mismo. La Venus supo entonces que se encontraba ante unas de sus noches oscuras. La serpiente se le acercó y le dijo: “sé por los habitantes de la ciudad que escribes ridículos poemas de amor a un no menos ridículo joven.”. La Venus se asustó. Entonces la serpiente continuó: “Si no me das leche de tus senos, haré correr la noticia de que tú no eres la autora de dichas creaciones, sino que el autor es el joven al cual escribes”. Entonces la Venus sintió una gran desesperación por ver como se negaba su persona, su identidad. Sufrió como nunca había sufrido, ante lo cual la serpiente sintió

un enorme gozo, gozo que no era completo ,pues la Venus de la corona de espinas aún no había dado su consentimiento en amamantar a la serpiente.

Una tarde llegó el jardinero y le hizo a la Venus el mismo interrogante que le había formulado la Venus al ángel días atrás. La Venus le respondió con las mismas palabras del ángel custodio: que dicha corona era el signo de que su vida estaría llena de sufrimiento, pero que éste, lejos de hacerle daño, la haría más sabia y hermosa. Esa tarde el joven, cuyo corazón latía por la Venus desde el primer momento en que la vio, le propuso abandonar la corona de espinas y marcharse ambos hacia los confines del reino para vivir una vida juntos, llena de felicidad. Entonces la Venus, malhumorada, le dijo que eso era una insensatez y que ella jamás dejaría su corona de espinas, su destino, por ninguna vida junto a un joven. El jardinero, triste y abatido, se fue despechado y juró no volver a ver jamás a la Venus.

Los días de verano transcurrían apaciblemente para la Venus, aunque ésta echaba de menos la visita diaria a la que la tenía acostumbrada el joven jardinero, la cual no se había producido desde el desencuentro acaecido entre ambos.

Justo antes de acabar el verano, otra noche oscura se avecinó sobre la Venus de la corona de espinas. El sol, tras dar tres vueltas en torno suyo, se esfumó del firmamento y el jardín quedó anegado en la más profunda de las oscuridades. El ángel custodio, mientras se acercaba la serpiente, dormía ajeno al cuadro dantesco. La serpiente se irguió sobre la tierra y le dijo a la Venus: dame leche de tus senos, a lo que la Venus le contestó con una rotunda negación. La serpiente, entonces, le dijo: mírate, mírate de arriba abajo, desnuda, ridículamente desnuda vas por la vida como un payaso diciendo y haciendo estupideces de las cuales todos se ríen. ¿Acaso crees que eres un pato en sociedad que con el paso del tiempo se convertirá en un cisne? Pues no será así. Lejos de esto, las gentes se avergonzarán,



compadecerán y reirán de ti, pues eres un patético pato que nunca logrará convertirse en un cisne. La Venus, ante semejantes afirmaciones, creyó morir. Todos sus sueños de alcanzar la belleza se vieron rotos y pensó que era una mujer a la cual ni siquiera se le podía atribuir el apelativo de ser humano. La desesperación de nuevo volvió a hacer mella en su corazón, ante lo cual la serpiente se alegró. El mal, con una expresión ladina, se fue del jardín. A todo esto había estado muy atenta la paloma torcaz, la cual se sintió muy afligida por la tristeza que sentía la Venus. Entonces, cuando el sol volvió a brillar, la paloma se dirigió hacia el joven jardinero y le contó lo acaecido, ante lo cual éste buscó una solución. De un monasterio cercano, un monje le dejó del ropero de la orden un sayo de franciscano y el jardinero se fue a visitar a la Venus. La Venus de corona de espinas, cuando lo vio, sintió una gran alegría. El joven le pidió perdón por su largo enfado y le ofreció el hábito de franciscano, ya que el otoño se acercaba, pues las hojas de los árboles caducas comenzaban a caer. La Venus consultó a su ángel custodio sobre la necesidad de cubrir su cuerpo desnudo, pues la serpiente la había inquietado a este respecto. Su ángel de la guarda le aconsejó que se cubriera, pues no podía ir desnuda por la vida ante la amenaza sangrante del mal. Y la Venus así lo hizo. Fue cuando a partir de entonces la Venus no sólo tenía una corona de espinas sobre su cabeza, sino además un sayo marrón sobre su cuerpo.

El otoño llegó y con él, el maravilloso espectáculo de ver los distintos colores ocres de los árboles del jardín, los cuales parecía haberlos pintado un melancólico pintor. La Venus se despidió de los pájaros y, en especial, de la paloma torcaz, la cual iba a emigrar a tierras lejanas. A cambio de esta ausencia, la Venus además de tener la compañía de su ángel custodio, volvía a tener la del joven jardinero. Los días transcurrían deprisa gracias a las amenas conversaciones entre las tres personas.

Un día inusual de otoño, en el que el sol brillaba en demasía, de repente el astro rey volvió a girar tres veces sobre sí mismo y se esfumó del firmamento. El jardín quedó a oscuras y solamente con la presencia activa de la Venus, pues el ángel custodio dormía y el joven jardinero estaba en la ciudad. La serpiente se acercó y le dijo a la Venus con su voz de arpía: si no me das de beber de tus senos, te destrozaré la cara y te convertirás en un monstruo al que todo el mundo le dará asco mirar. La Venus tiritaba de pánico y el sufrimiento era insoportable de padecer, ante lo cual la serpiente se marchó una vez más alegre. Se fue la serpiente y el sol volvió a brillar como nunca. El ángel custodio se incorporó y la Venus, aún triste, le preguntó al ángel que hasta cuándo tendría que sufrir así, a lo que el ángel le contestó que ya le quedaba poco para subir asunta al cielo. Fue cuando una tarde aún de otoño, la Venus le dijo al joven jardinero que pronto sus vidas se separarían, pero el joven no entendía como la Venus de la corona de espinas le podía decir eso, pues pensaba que la Venus siempre permanecería reinando en el centro del jardín , como la flor más bella que jamás había contemplado. Terminaba el otoño cuando el sol volvió a girar tres veces sobre sí mismo para luego anochecer por completo. El ángel dejó de velar a la Venus y la serpiente se acercó de nuevo. Se puso en posición erecta y, con su voz de arpía, en medio de un sonido de cola de cascabel, le dijo para querer definitivamente hundirla: serás llamada a un horrible martirio a causa de la defensa de tu fe, pero lo rechazarás. Negarás a Dios más de tres veces hasta el final de tu vida. A la Venus, a causa de estas palabras, le entraron unas enormes dudas de fe. Jamás había experimentado tan completa desesperación anteriormente y era ahora, ante la incertidumbre de sus creencias, cuando el mal más la intentaba acorralar. La serpiente le dijo, entonces, de forma melosa: ¿no me das de mamar acaso leche de tus senos? Si me das por fin de mamar, jamás experimentarás el martirio al que has sido llamada. La Venus, haciendo

acopio de todas sus debilitadas fuerzas, dijo al mal :¡ apártate de mí Satanás! y la serpiente se fue desabrida.

Era el primer domingo de invierno cuando la serpiente, desesperada por no hacer caer en el mal a la Venus, llena de impaciencia, decidió a plena luz del día ir a tentarla. Cuál sería su sorpresa cuando llegó al centro del jardín y solo vio, en el lugar en el que solía estar la Venus, el hábito de franciscano que vestía la mujer de la corona de espinas. El ángel ya no estaba y el joven jardinero había llegado unas horas antes y, al ver que la Venus no se encontraba allí, fue cuando recordó las palabras misteriosas que la mujer de la corona de espinas le había dicho días atrás. El joven llevó una gran desilusión, pues iba con la intención de comunicarle a la Venus que, en la ciudad, el viejo alquimista había descubierto la pócima de la inmortalidad. Entonces había pensado el joven que tomando ese brebaje sus vidas nunca se separarían. Ahora en el jardín permanecía la serpiente, atónita, mirando los hábitos de franciscano. Fue cuando entonces la serpiente, con sus fauces venenosas, siguió apesadumbrada su camino.